

EL SUEÑO NO HA TERMINADO

WILLY SEMLER
Actor y director

En el trabajo realizado para el montaje de la obra *Sabor a miel* de Shelagh Delaney, han confluído numerosos factores que nos hacen evaluar el resultado con mucha satisfacción, considerándolo un logro en el plano artístico y en el personal.



respecto que si el instinto de la autora no determinara el fin de cada secuencia, la obra debería durar el tiempo real de la acción. Es decir, unos 10 meses aproximados.

Por lo cual hicimos una traducción fidedigna del original: decidimos hacer un montaje sin cortes (por primera

vez en nuestras carreras) y acordamos no variar una coma del texto en la soltura que adquiere la boca del actor a lo largo de las representaciones. Creemos, por la experiencia tenida hasta ahora, que este rigor nos ha permitido profundizar cada vez más en el texto, los personajes y la historia, en un camino que bien podría ser infinito pero que nos mantiene en un compromiso necesario que exalta nuestra vocación y mística mientras más avanzamos en las representaciones.

Lo ARTÍSTICO

En primer lugar, nos propusimos que el resultado de nuestro proceso de montaje fuese una consecuencia de nuestro trabajo e independiente del mismo (en cierta medida), liberándonos así de la ansiedad que produce en el intérprete la tendencia a mostrar resultados finales sin haber tenido la experiencia del proceso que lleva a dicho resultado. Esta postura nos brindó una tranquilidad y una libertad que nos permitió gozar de cada paso que fuimos dando en la creación, ubicando así nuestra atención sobre un "presente perpetuo" más que sobre un futuro que nunca llegará. La premisa era: "que el resultado resulte, no es problema nuestro" y por lo mismo, nunca lo conoceremos.

Nos propusimos también ser fieles (como nunca) al texto original, que nos fascinó desde un comienzo en su totalidad: por su diseño, su estructura, personajes, su indefinible estilo y, sobre todo, por un diálogo sin precedentes que traspasa los límites del naturalismo. Peter Brook opina al

La música fue utilizada en relación directa con la petición de la autora al respecto. Produce en el intérprete una abstracción del universo que habita como tal y como personaje. De ahí el estilo indefinible anteriormente mencionado. El diálogo es naturalista, los nexos entre escenas son fantasías musicales, existen incursiones de música entre el diálogo que poetizan la escena, que hacen brotar atmósferas desconocidas. La suma de estos elementos deja al intérprete en un poderoso y muy conveniente extravío. No ha de tratar de ubicarse, no pensará buscando definiciones que no existen.

Al contrario, se entregará al sentir, en las emociones y sensaciones que estimulan las atmósferas producidas, teniendo la ilusión de estar presente en cuerpo y alma en la acción que la obra tiene.

LO PERSONAL

Este punto está determinado por el carácter autobiográfico del texto: Shelagh Delaney escribió la obra a los 18 años, interpretándose a sí misma en ambos roles protagónicos (madre e hija). Potenció en la obra una suerte de premonición de lo que sucedería con su propia generación 10 años después cuando, estimulados por la revolución de las flores y los slogans del “hippismo”, la juventud creyó que podía llevar la imaginación al poder, derribar las estructuras establecidas, terminar con las guerras, las armas, los grandes monopolios de capital, las doctrinas absolutistas y las luchas ideológicas, transformando Occidente en un paraíso donde reinaran los sentimientos, las buenas relaciones humanas, la hermandad y la generosidad.

Pero “el sueño terminó. El bebé es real”, todos hemos creído en algún momento de nuestra juventud que tenemos la posibilidad de cambiar el mundo. Después los años pasan, entramos al sistema como una víctima más (o un victimario) y nos olvidamos del sueño porque no tenemos tiempo. Debemos cumplir horarios y protocolos. Algo o alguien es un bebé real y debe estar ahí nuestra atención, nuestro que-hacer. Nuestra energía. Ya nunca más volveremos a soñar; a lo más, aconsejaremos a los utópicos poner los pies en la tierra, aprovechar el tiempo y las posibilidades.

Al trabajar este texto, implicándonos profe-

sional y personalmente, nos llegamos a estremecer al darnos cuenta que el sueño no había terminado. Estaba guardado en algún rincón esperando nuestra atención.

Aún tenemos ganas de que sea el factor humano el que determine nuestra existencia. Aún pensamos y creemos en cambiar el mundo, aunque ahora tengamos que partir por nuestro pequeño gran mundo interior y dejar después que el cambio se propague espontáneamente. El siglo enseñó que las flores son fácilmente aplastadas por los tanques. Después de todo: “todos somos tigresitos en nuestras propias selvas”.



María Izquierdo y Boris Quercia. Foto: Antonio Quercia.